

EDITORIAL

Por qué editar un número sobre el VIH/SIDA, cuando es tanto lo que se escribe sobre esta epidemia? La respuesta la ha dado –y mejor de lo que nosotros podríamos hacerlo– Peter Piot en su introducción, por el que le estamos especialmente agradecidos: porque las Iglesias son necesarias en su empeño contra el SIDA. Hemos hecho este número por los muchos malentendidos –también teológicos– que flotan en el ambiente y sobre los que hay que reflexionar; lo hemos hecho porque *Concilium*

* REGINA AMMICHT QUINN es profesora de Ética en el Centro Interdepartamental de Ética en Ciencias y Humanidades de la Universidad de Tübinga. Sus áreas de interés son las cuestiones relacionadas con la ética fundamental y aplicada, ética y cultura, la historia de la devoción cristiana y cuestiones relacionadas con el género. La Iglesia católica le negó el “nihil obstat” y no se le ha permitido impartir clases como profesora de teología. Sus libros más recientes son: *Körper, Religion und Sexualität. Theologische Reflexionen zur Ethik der Geschlechter*, Maguncia 2004; *Glück - der Ernst des Lebens*, Friburgo de Brisgovia 2006.

Correo electrónico: regina.ammicht-quinn@uni-tuebingen.de

** HILLE HAKER es profesora de Teología moral y Ética social en la Facultad de Teología Católica de la Universidad Goethe, en Frankfurt, y miembro de la Asociación Europea de Ética en el campo de las Ciencias y las Nuevas Tecnologías (EGE). Desde 2003 a 2005 fue profesora asociada de Ética Cristiana en la Universidad de Harvard, en Cambridge (Estados Unidos). Ha publicado como autora los libros *Moralische Identität* (1999) y *Ethik der genetischen Frühdiagnostik* (2002), y como coeditora *Ethics of Human Genome Analysis. European Perspectives* (1993), *The Ethics of Genetics in Human Procreation* (2000) y *Ethik-Geschlecht-Wissenschaften* (2006).

Correo electrónico: Hille.haker@em.uni-frankfurt.de

nunca había publicado todavía un número temático explícitamente dedicado al VIH/SIDA; y, no en último término, porque en la teología católica y en su entorno hay tantas reflexiones de peso, que pensamos que podrían interesarles.

Como revista apostamos por el medio del lenguaje. Con él hemos intentado experimentar aquí más que en otras ocasiones. En efecto: una de las cosas que buscamos, y no la última, es un lenguaje teológicamente adecuado que vaya al encuentro de una enfermedad que no puede enfrentarse fácilmente con el lenguaje: hemos intentado no recorrer el camino de la mayor densidad de información posible en el espacio más reducido posible. No es ésa nuestra tarea y, de ser necesario, tal ofrecimiento puede encontrarse en otros medios. Hemos intentado más bien mostrar por un lado los rostros que se esconden detrás de los números y de los hechos, y, por el otro, cumplir nuestra genuina tarea de ensayar análisis desde la perspectiva teológica y de elaborar propuestas para la praxis teológica. Como las dos editoras responsables toman la palabra al final del número, queremos limitarnos aquí a agradecer muy cordialmente a las autoras y autores que han participado en este experimento.

Por la preparación agradecemos a Ignace Berten, a Virgilio Elizondo, a Mary Hunt, a Harry McSorley, a Eloi Messi Metogo y, sobre todo, a Marcella Althaus-Reid, como también a las directoras y directores de *Concilium* por sus comentarios y ayudas, a la secretaria en Nimega, en especial a Christine van Wijnbergen y a Erik Borgman, así como a los traductores y a los responsables de las editoriales.

(Traducido del alemán por Roberto H. Bernet)

INTRODUCCIÓN

A sí como el mundo une sus esfuerzos para ampliar su acción contra el sida, resulta de vital importancia que indagemos en el papel y el potencial que las iglesias tienen en su contribución específica.

Las iglesias constituyen una parte ya importante en la respuesta ante el sida y en la atención a las personas que viven con el virus; las comunidades de fe han dado frecuentemente acogida a personas estigmatizadas y discriminadas por la sociedad. Pero al mismo tiempo, lamentablemente, estas comunidades de fe pueden ser lugares donde se refuerzan los estigmas; la acción realmente efectiva puede verse paralizada por una falta de voluntad a la hora de tratar los problemas que los hombres y las mujeres tienen que afrontar en su vida cotidiana.

El Programa de Naciones Unidas contra el sida anima a las iglesias, a los teólogos y a las comunidades de fe a continuar intentando

* PETER PIOT es el director ejecutivo del Programa de Naciones Unidas contra el Sida (ONUSIDA) y asistente en la secretaría general de Naciones Unidas. El doctor Peter Piot tiene tras de sí una brillante carrera académica y científica (es doctor en medicina y microbiología) centrada en el sida y la salud de las mujeres en países en vías de desarrollo. Utilizando sus habilidades como científico, gestor y activista, el doctor Piot ha desafiado a los líderes mundiales a que vean el problema del sida dentro del contexto del desarrollo social y económico, así como en el ámbito de la seguridad. Bajo su dirección, el ONUSIDA se ha convertido en el principal defensor de una acción a escala mundial contra el sida. Ha conseguido unir a diez organizaciones de la estructura de Naciones Unidas en torno a un programa común sobre el sida, encabezando la reforma de esta institución.

resolver los difíciles problemas que plantea el sida, muchos de los cuales son comentados por los autores que escriben en este número de *Concilium*. Estoy encantado con la oportunidad que se me ha dado de escribir estas notas introductorias y felicito a todos los que han intervenido en este número por el interesante y desafiante conjunto de reflexiones que nos ofrecen sobre el sida.

Mientras que resultaría imposible que todos los interesados estuvieran de acuerdo en cada uno de los aspectos relacionados con el sida, el desafío común es luchar conjuntamente por identificar zonas de sinergia y avanzar al unísono con acciones concretas para aportar mensajes de prevención claros y bien fundamentados, así como tratamientos de calidad y programas de atención a las personas que los necesitan.

En mi estreno como joven doctor en África durante los primeros días del sida, me di cuenta de que esta enfermedad sería de tal magnitud que requeriría una respuesta de proporciones mundiales para poder resolverla.

Mis peores temores hoy día son que nuestra respuesta como comunidad mundial se queda muy corta con respecto a lo que aún se requiere y que la historia se volverá hacia nuestra generación y nos preguntará por qué no hicimos lo suficiente cuando realmente sabíamos lo que se necesitaba para parar esta pandemia. No obstante, aunque el sida puede dividir, también puede unir a personas procedentes de diversas situaciones de modos sorprendentes. Una de mis grandes esperanzas es que el sida nos dé una oportunidad para superar nuestras diferencias religiosas, políticas o geográficas, y trabajar así conjuntamente en una respuesta que cambie totalmente la situación de esta pandemia.

La esperanza de un futuro mejor es lo que sigue impulsándonos en nuestro trabajo contra el sida. Esta epidemia no sólo pone de manifiesto las injusticias, sino que también nos presenta el modo de vencerlas. Con esto en mente, a las iglesias se les presentan una serie de desafíos fundamentales para involucrarse en el problema.

El primero de estos desafíos consiste en comprometerse con los jóvenes. Podemos constatar que en los lugares donde ha retrocedido el virus, han sido los jóvenes los que se encontraban en la vanguardia de este cambio. Las iglesias tienen que adaptar sus enseñanzas a la realidad concreta de los jóvenes, y en el caso del sida resulta de vital importancia tratar con toda claridad las cuestiones relacionadas con la sexualidad. Las iglesias han de predicar las virtudes morales, como

la abstinencia y la monogamia, pero también deben apoyar a los jóvenes para que consigan objetivos más sencillos, como el posponer la actividad sexual hasta que sean más adultos, a comprender el riesgo que conlleva y a saber dónde conseguir la orientación adecuada y los preservativos para protegerse de la infección.

Otro de los desafíos es el que plantea la estigmatización. El estigma relacionado con el virus es una pesada carga que limita la efectividad de los programas de lucha contra el sida. Necesitamos iglesias que promuevan la unidad de acción contra la estigmatización y la discriminación para que así apoyen nuestras respuestas al problema.

Finalmente, el gran desafío que se le plantea a las comunidades es el del acceso a los tratamientos. Las iglesias y sus dirigentes pueden intensificar su apoyo para que los tratamientos lleguen a las gentes más pobres y necesitadas. Las instituciones de salud regidas por grupos eclesiales han de incluirse en los planes nacionales para ampliar el acceso a los tratamientos y a los servicios de atención sanitaria.

El liderazgo, desde las bases mismas de las iglesias hasta las mismas jerarquías, es una importante palanca para la lucha mundial contra el sida.

No obstante los muchos logros conseguidos en el movimiento mundial contra el sida, aún estamos muy lejos de conseguir el vuelco radical de esta epidemia para el año 2015. El trabajo de las iglesias es de vital importancia para sostener la lucha contra el sida hasta que logremos el acceso mundial a los servicios esenciales y consigamos controlarlo definitivamente.

(Traducido del inglés por José Pérez Escobar)